

Mill



— ennials



Daniel Cortez - Vanina Ferrer

DANIEL CORTEZ

21 de octubre de 1993

Médico Venezolano afincado en España con gran vocación por el activismo social

Se presenta como: "Daniel José Cortez Abreu", aunque no le gusta el 'José'. Es natural de Valencia (Venezuela) donde nació y se crio. En 2016 se graduó en Medicina, para comenzar a trabajar como médico de familia y de urgencias. Empleo en el que no permaneció demasiado tiempo, puesto que las violentas condiciones laborales promulgaron que a finales de 2017 decidiera emigrar a España, a Madrid siendo exactas, donde actualmente reside ejerciendo su profesión.

Se define como un "polímata" al que le llama la atención una inmensa cantidad de disciplinas: leer, pintar, cantar... "El arte entendido de la manera más clásica", asegura. Entre sus virtudes distintivas: la empatía, una perspectiva amplia, además de su amor por la diversidad. Elemento que invita a asumir como algo: "natural y humano". Entre sus defectos, que tiende a cargarse con problemas que no son suyos, le cuesta establecer límites, en parte por su dificultad a la hora de decir: 'no'

Especializado en VIH y salud sexual, le interesa investigar con detenimiento cómo los factores de tipo social o psicológicos afectan a la salud de las personas. Para Daniel la medicina tiene un componente holístico que no se debe obviar, yendo más allá de la sintomatología, para colocarse en las causas subyacentes, bajo la atención humanizada, personalizada, con cada paciente. Esa visión también le ha hecho comenzar la carrera de Antropología por la UNED, con la que quiere seguir complementando su labor facultativa.

De su trabajo le apasiona la posibilidad de hacer más íntimo un proceso frío en la tradición, para crecer con las experiencias externas que no viviría

en su vida cotidiana. De ello se desliga, pues, que su denuncia suprema hacia el sistema de salud español sea la de arrastrar problemas burocráticos que limitan el tiempo de escucha.

Reconoce que tiene una concepción conflictiva con el trabajo. Acusa el modelo clásico que promulga eso de: 'vivir para trabajar' como la regla arquetípica de dignificarse. "Casi como si fuera una necesidad biológica", reflexiona en profundidad. En su lugar, reivindica la relevancia de tomarse la salud mental, la de darle espacio a la recreación y los periodos sabáticos, como un elemento serio a tener en cuenta. Si bien: "en la realidad, encontrar un trabajo digno es mucho más complicado, menos romántico. Las condiciones del barrendero, del médico rural de Venezuela o una trabajadora sexual, no tienen nada que ver con las de un alto ejecutivo", alega.

¿Su trabajo soñado? La 'atención comunitaria'. Tener un consultorio de salud mental en donde poder tratar integralmente a una comunidad (migrantes, personas racializadas, LGTBQ) de forma individual y grupal, para mejorar sus condiciones de vida.

Un elemento que ve necesario en una sociedad cada vez más escorada hacia el individualismo. Así lo ejemplifica con la COVID19: "El problema es que el sistema nos estaba diciendo que: 'Tú eres el importante, que: tú, tú y tú', un ente aislado dentro de tu entorno social. Entonces, llega la pandemia la responsabilidad era una cuestión comunitaria, por lo cual muchas medidas han fallado al no existir una conciencia interiorizada de que vivimos en un colectivo".

Pasando a la cuestión social, para Daniel: "El amor y amistad están concebidos mediante un significado difuso", agrega. Medita sobre la influencia de las redes sociales en este aspecto. Acercando a las personas, pero modificando el estilo de relacionarnos hasta niveles de los que no somos del todo conscientes. Haciéndolas banales, fugaces, frías e, incluso, idealizándolas.

Critica la tendencia hacia la jerarquización entre los tipos de relaciones. Confiesa que él se cuestiona cada vez más el modelo de estratos de: familia-amor-amigos, en ese orden. Ya que, dada su situación de migrante, ha tenido que dejar atrás a su familia, mientras que sus amigos han pasado a ser su "familia elegida" en España. Así, invita a reflexionar sobre las relaciones de poder, escorándolas hacia unos vínculos más horizontales que verticales. "Cuando te das cuenta de que la familia es una estructura que no siempre está ahí, te hace replantearse un montón el modo en el que te relacionas con la gente", termina apostillando.

Admite que ese pensamiento ha permeado a cómo entiende las relaciones de pareja. Pasando de tener en Venezuela una relación más 'vainilla': "Aunque éramos dos chicos era como muy heteronormativa", considera. A pasar en España a ser más abiertas, permeables, diversas... las cuales reivindica como legítimas y bonitas. Por otra parte, pese a que ha pensado a fondo en ello, no se ve siendo padre.

En lo que respecta a derechos humanos, afirma que el problema es que se parte de la base de que existen, de que todas las personas gozan de ellos, cuando en la práctica es un concepto con poca historia que no se aplica siempre. "La desigualdad a nivel global es brutal. Sin embargo, nuestra perspectiva etnocentrista no nos lo permite ver", explica. Por su parte, revela que una de las razones para emigrar a España fue la contar con mayores libertades, garantías y derechos a lo que en su lugar de origen, por ser parte del colectivo LGTBQ, no podría acceder.

Luego, atestigua un avance imparable en este sentido, valora que las causas ganadas no se van a perder a nivel legislativo. Si bien, algunas que

se creían superadas puede que no lo estén tanto. Véanse: movimientos TERFS o el hecho de que siga habiendo agresiones homófobas a diario. De las que él mismo fue víctima en 2018 en Holanda, país que a menudo se cita como adalid del avance. Ante ello vuelve a enaltecer el pensamiento crítico: "Los movimientos por los derechos civiles quizás se tengan que parar a hacer las cosas distintas, porque las estrategias de hace 30-40 años no nos sirven para esta era", comenta.

En cuanto a cánones de belleza y expresión de género, alega que el sistema se expande hacia la opresión. Lo atribuye, de nuevo, a las redes sociales, amén de a la idealización de las pautas de vida que llevamos. El peligro de la historia única en donde solo se puede ser de una condición a nivel estético, sexual, racial, social...

Acepta la variedad creciente de referentes que se alejan de la hegemonía, considerándolo no desde una apertura de miras, sino porque son valores que 'venden', una estrategia para captar nuevos 'targets', un nuevo público que consumirá si se siente representado. "Somos una generación que ha interiorizado el concepto de diversidad de manera demasiado laxa y el capitalismo siempre busca formas de rentabilizarlo", pone sobre la palestra.

Dentro del otro gran tema vital, la política, Daniel comienza reconociendo que el concepto de mundo globalizado se le hace: "engañoso", debido a que no toma en cuenta las particularidades de las pequeñas comunidades o las interseccionalidades. Razona sobre cómo hemos heredado una serie de esquemas sociales, de relaciones de poder institucional arraigadas en creencias, en un 'sentido común' compartido incuestionable. Lo ve en la propia España, en donde cree que se potencian los nacionalismos en un territorio con una realidad de remarca heterogeneidad de culturas, las cuales han llegado a un acuerdo "ficticio" que aparenta unión. Argumentos que bien recuerdan a los de Benedict Anderson en: *Comunidades Imaginadas*.

En lo que respecta a sí mismo, nunca ha autodefinido como nacionalista. No se siente ni

venezolano ni español. Una coyuntura que también extrapola a los tiempos contemporáneos, en los que determinadas nociones comienzan a adolecer de caducidad. Entendiendo que: "O modificamos el concepto de globalización, fronteras y nación, o esa ficción se cae, no veo más alternativas", sentencia.

Otra de las ideas a la que achaca esta suerte es al sistema democrático, en el que ve como muchas generaciones, ya no solo la millennial, están descontentas en torno al patrón representativo. "El modelo de concentrar el poder en una única persona, o un grupo reducido, en algún momento tiene que colapsar. No lo veo factible, ni sano para dar respuesta a las exigencias de esta nueva sociedad ", apostilla. En su lugar propugna un sistema cada vez más abierto a la participación activa de la ciudadanía, siendo las propias comunidades las que decidan su futuro. No obstante, reconoce que es algo arduo de conseguir y por ende puede verse prolongado en el tiempo.

Porque así entiende el porvenir político. "La palabra de estos tiempos es: 'Cambio'. Cada vez somos más conscientes de que nuestras sociedades no son estáticas, ni están aisladas del resto". Hace referencia a cómo las decisiones que se toman

en un lugar del mundo afectan de una manera directa, inaudita hasta ahora en la historia. Proceso que cree que se seguirá acrecentando, alentado, asimismo, por formulas de 'macroestado' como es la Unión Europea, en la que las decisiones a nivel comunitario cobran mayor peso.

Para Daniel el cambio es algo compartido e interiorizado a nivel generacional. Un hecho objetivo que, sin embargo, viene acompañado del problema de tener que gestionar tal coyuntura. "Todo va tan acelerado que parece que tengas que resolver los problemas en el momento. Entonces, se

“Somos una generación que ha interiorizado el concepto de diversidad de manera muy laxa y el capitalismo siempre busca formas de rentabilizarlo”

van acumulando y nos vemos sobrepasados por el modelo de trabajo, de sociedad, de comunicación... Por esa necesidad de tener que estar actualizados siempre", cavila. Circunstancia en la que invita, como en las primeras páginas, a reflexionar sobre nuevas vías de gestión. Porque recuerda que a nivel biológico tenemos las mismas herramientas que hace 2 milenios para enfrentarnos a un mundo de avance exponencial. El sumo reto determinante al que se enfrentará la generación millennial, en pos de generar un traje a medida, ya que el heredado del primo segundo se le que quedado pequeño.



Daniel Cortez - Javier Monsalve Iglesias